

ra; ni tampoco la hay mas injuriosa á Dios; esta es la segunda: la locura de la falsa confianza, y el atentado de esta contra Dios serán los dos puntos de este discurso: Explicaré estas dos verdades despues de haber implorado, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Convengo desde luego con vosotros, católicos, en que las misericordias de Dios son siempre mas abundantes que nuestra malicia: y en que su bondad dá á todos los pecadores motivos legitimos de confianza. La doctrina que yo voy á explicar es por sí bastante terrible, y no hay necesidad de añadir nuevos terrores, ocultando algunas de aquellas verdades que pueden suavizarla, y si se necesita usar de alguna precaucion en esta materia, mas debe ser pasando en silencio algunas cosas que pudieran turbar las conciencias, que callando las que pueden servirles de consuelo.

Es verdad, católicos, que los libros santos en todas partes nos están dando unas magnificas y benignas ideas de la bondad de nuestro Dios; unas veces nos le representan como un Señor afable y sufrido, que espera á que el pecador haga penitencia, que disimula los pecados de los hombres para guiarlos al arrepentimiento, que calla, que se detiene, que no se dá prisa á castigar, que dilata el castigo para que nos anticipemos á alcanzar el perdon, y que amenaza para que le quitemos las armas de las manos; otras veces como un fino amigo que no se cansa de llamar á la puerta del corazon, que nos solicita, nos insta, y nos suplica, y que para atraernos á sí se vale de todos los medios que puede imaginar un amor ingenioso para ganar á un corazon rebelde; otras veces, finalmente, porque es imposible decirlo todo,

co-

como un Pastor infatigable, que busca por entre las mismas montañas las ovejas descarreadas; y que habiendolas hallado, las pone sobre sus hombros, y se manifiesta tan contento que quiere que hasta la harmonía de los cielos celebre su feliz hallazgo: Verdaderamente, católicos, que nada se puede añadir al consuelo y dulzura de estas imagenes, y que qualquiera pecador que despues de esto desespera ó se acobarda, es el mas necio de los hombres. Pero no habeis de inferir de aqui que sea menos insensato el pecador que confia temerariamente, ni que la misericordia del Señor pueda servir de legitimo fundamento á la confianza de aquellos que siempre están deseando su conversion, y que sin trabajar por su parte en esta grande obra, lo esperan todo de una bondad á quien está ultrajando su confianza. Para quedar convencidos antes que yo pase mas adelante en mi discurso, os suplico que advirtais que entre la innumerable multitud de pecadores de todas especies de que está lleno el mundo, no hay ninguno que no espere convertirse, ninguno que se mire como hijo de ira, destinado á perecer, ninguno que no se precie de que al fin el Señor le ha de mirar con ojos de misericordia; el deshonesto, el ambicioso, el mundano, el vengativo, el injusto, todos esperan, y ninguno se arrepiente; hoy, pues, quiero manifestaros que esta disposicion de falsa confianza es la mas funesta en que puede hallarse la criatura: oid las razones que merecen toda vuestra atencion.

Aún quando no tuviera mas prueba que daros de la locura de la falsa confianza, que la incertidumbre de su salvacion en que se halla el pecador que ha perdido la gracia santificante, no necesitaba de otra para justificar mi primera proposicion: Y bien conoceis, católicos, que quando digo la incertidumbre de su salvacion, no hablo de aquella incertidumbre comun á todos los fieles, que hace que ninguno pueda saber si es digno de amor, ó de odio

odio, si perseverará hasta el fin, ó si caerá para nunca mas levantarse. ¡O qué motivo de temor tan terrible aún para los mas justos! Hablo de otra incertidumbre mas funesta, la que no supone en el pecador, de quien vamos hablando, un estado dudoso de justicia y temor christiano acerca de las caídas futuras, sino que se funda en un estado cierto de culpa, y un arrepentimiento que nadie puede asegurarle.

Digo, pues, que vivir con confianza en este estado es la mayor de todas las locuras. Porque, decidme amados oyentes míos, el pecador inveterado que vive ennegado tranquilamente en las pasiones injustas, aún en medio de las solemnidades de la religion, y de todos los terrores de la divina palabra, fundado en la necia esperanza de que algun día ha de salir de ese deplorable estado, no podeis negar que por lo menos es dudoso si saldrá de él, ó si permanecerá hasta el fin en su pecado. Quiero concederos que esteis llenos de buenos deseos, pero no ignorais que los deseos á nadie convierten, y que muchas veces los mayores pecadores son los que mas desean su conversion. Pues aún quando la duda no fuera mas que igual, ¿sería razon vivir con tranquilidad en este estado? ¿Es posible que en la funesta incertidumbre de si morireis en vuestro desorden, ó si Dios os sacará de él, vacilando, por decirlo así, entre el cielo y el infierno, y titubeando entre estos destinos, habeis de permanecer tranquilos sin acabaros de determinar? La esperanza es el partido mas agradable y lisongero; y ha de bastar esto para que siempre esteis esperando? ¡Ah! amados oyentes míos, aún quando no hubiera mas razon para temer que el esperar, sería imprudencia el vivir en esa profunda calma.

Pero aún no es ese, católicos, el estado en que os hallais; en esta funesta duda que puede formarse á sí mismo el pecador, no son iguales las razones por ambas partes; porque si nos preguntais: ¿Moriré yo en mi pe-

ca-

cado, en el pecado en que actualmente vivo, despues de tanto tiempo, ó no moriré en él? La primera parte es infinitamente mas cierta; primeramente, porque no bastan vuestras propias fuerzas para recobrar la salud que habeis perdido; necesitais de un socorro extraño, sobrenatural, y celeste, el que nadie os puede asegurar; pero para permanecer en vuestro pecado no teneis necesidad mas que de vosotros mismos; en el caudal de vuestra naturaleza nada teneis que pueda resucitar la gracia perdida; no hay en ella principio alguno de salud, ni de vida espiritual; y en vuestro corazon teneis una funesta raíz de corrupcion, que siempre está produciendo nuevos frutos de muerte, y así es mas cierto el que morireis en vuestro pecado, que el que os habeis de convertir: En segundo lugar; no solamente necesitais de un socorro extraño y divino, sino tambien de un socorro singular y raro, que se niega á casi todos los pecadores; necesitais de un milagro para convertirlos, porque la conversion del pecador es uno de los mayores prodigios de la gracia, y vosotros mismos sabeis que son muy raros estos exemplos en el mundo. De tiempo en tiempo suele haber alguna alma feliz á quien Dios saca del desorden; pero estos son unos golpes muy extraordinarios, y que salen fuera del orden comun; pero para morir en el estado en que os hallais, no hay mas que dexar á las cosas que sigan su orden regular; solamente con que Dios dexé seguir el curso natural á sus leyes, perecereis indefectiblemente. La posibilidad de vuestra salvacion se funda solamente en una accion extraordinaria de su poder y de su misericordia; y la certidumbre de vuestra condenacion se funda en la regla mas comun de todas: En una palabra, el perecer es el destino regular de todos los pecadores que se parecen á vosotros; el que os hayais de convertir es un caso extraordinario del que hay poquissimos exemplos. En tercer lugar, para no salir jamás del estado en que os hallais, no teneis que ha-

Tomo VI.

Qq

cer

cer mas que seguir vuestras inclinaciones , condescender con vosotros mismos , y dexaros llevar de la corriente; para esto no teneis necesidad de esfuerzos ni violencias. Pero para salir de este estado , ¡ ah ! es necesario romper las inclinaciones que se han fortificado con el tiempo; aborreceros , pelear contra vosotros mismos , privaros de los objetos que mas amais , romper los mas amorosos lazos , y hacer heroycos esfuerzos , siendo asi que no podeis hacer los mas regulares. Ahora os pregunto ; en orden á las cosas futuras , y á los sucesos inciertos , ¿ pronosticáis en favor de aquellos que tienen mas obstáculos que vencer , y mas dificultades que combatir ? ¿ No os parecen siempre mas seguros los mas fáciles ? Suavizad quanto quisieréis esta verdad en vuestro espiritu , miradla á las mas favorables luces ; esta proposicion acerca de vuestro eterno destino es la mas indubitable de la moral christiana : *Es mucho mas cierto , sin comparacion , que no me he de convertir , y que he de morir en mi pecado , que el que el Señor me ha de sacar de él , y que ha de usar conmigo de misericordia.* Este es el estado en que os hallais , y si en él podeis vivir tranquilos y confiados , me admira vuestra seguridad , amados oyentes míos.

Pero aún paso mas adelante , y os suplico que me esteis atentos : El pecador que espera su conversion sin procurar enmendarse , no solamente confia estando en una funesta incertidumbre , en la que todas las razones son contra él , sino que tambien confia contra la moral certidumbre que nos enseña la fé , que debe tener de su perdicion. Las pruebas son las siguientes : Primeramente , esperais á que Dios os convierta , ¿ pero cómo lo esperais ? oponiendo siempre nuevos obstáculos á su gracia , apretando mas vuestras cadenas , agravando vuestro yugo , multiplicando vuestros delitos , despreciando todas las ocasiones de eterna salud que os ofrecen sus solemnidades , sus misterios , y aún los terrores de su palabra , permaneciendo siempre en los mismos peligros , no mudan-

dando cosa alguna en vuestras costumbres , en vuestros placeres , en vuestras conexiones , ni en nada de quanto fomenta en vuestro corazon la pasion infame de que esperais que os liberte la gracia. ¿ Pues es posible que habiendo sido despreciadas las virgenes locas , solamente porque esperaban al Esposo sin fervor , sin vigilancia , y sin vivos deseos , ¿ tú , alma infiel , que le esperas llenando la medida de tus delitos , podrás prometerte que te trate mas favorablemente ?

En segundo lugar : la gracia solamente se concede á las lagrimas , á las instancias , y á los deseos ; quiere ser deseada por mucho tiempo , ¿ pero vosotros la pedís ? ¿ La solicitais ? ¿ Imitais la importunidad de la Viuda del Evangelio ? Trabajais para conseguir esta gracia con limosnas , y con obras ya christianas , como Cornelio el Gentil ? ¿ Decis todos los dias al Señor con el Profeta ; Señor , convertidme ; sacadme del cieno para que no me sepulte en él para siempre ? ¡ Ah ! lo que decis es : Señor , Vos me convertireis ; por mas que yo me defienda contra Vos , Vos rompereis por ultimo mis cadenas , y mudareis mi corazon , por grande que sea su perversidad . ¡ Oh insensatos ! ¿ Puede haber cosa mas propia para apartar de nosotros un beneficio , que pedirle temerariamente , y aspirar á él al mismo tiempo que nos estamos haciendo indignos de recibirle ? Esta es otra nueva razon contra vosotros ; la gracia está reservada para los humildes , para los que desconfian , para los que temen que no se les conceda lo que no les es debido. Estas son las almas sobre quienes descansa el espiritu de Dios , y en las que se agrada de obrar grandes maravillas ; y al mismo tiempo desprecia á los pecadores vanos , y siempre los mira desde lexos : *A longè cognoscit.* (a)

(a) Psalm. 137. v. 6.

En tercer lugar : bien sabeis que la gracia de la conversion que esperais con tanta confianza es el mayor de todos los dones , y tambien sabeis que apenas hay pecadores que sean mas indignos de ella que vosotros ; sois indignos de ella por la qualidad de vuestros desordenes , cuya infamia y gravedad solamente vosotros conoceis ; sois indignos por las luces é inspiraciones de que tanto tiempo habeis abusado ; por el desprecio que habeis hecho de la gracia de los mysterios ; por el mal uso de aquellas inclinaciones naturales , tan felices y proporcionadas para la virtud con que os dotó el cielo , y que tan tristemente habeis hecho servir para la culpa ; por las injustas burlas que habeis hecho de la virtud , y por aquellos deseos impíos é injuriosos á la verdad de Dios , que mil veces os han hecho desear que fuese fábula quanto se nos predica de la eternidad ; finalmente , os habeis hecho indignos por aquella profunda seguridad en que vivís , la que en la presencia de Dios es el mayor de todos vuestros delitos ; no os pido mas de que os valgaís de la prudencia ; decidme ; si no hubiera de ser excluido de la gracia de conversion que esperais mas que un solo pecador , no tendriais motivo para temer que esta exclusion recayese sobre vosotros , y que fueseis el unico hijo de maldicion , herido como anathema entre todos vuestros hermanos ? Pues , católicos , si casi todos los pecadores están privados de este beneficio , ¿ por qué le habeis de mirar como seguro para vosotros ? ¿ En qué os distinguís de los demás , sino en haber superabundado en vosotros la culpa ? Si la esperanza del pecador presuntuoso parece regularmente con él , ¿ por qué habeis de creer que os habeis de salvar por el mismo camino por donde todos los demás perecen ? Bien sé que nunca debemos desesperar , pero no es lo mismo una humilde confianza , que la presuncion ; la humilde confianza despues de haber tanteado todas las cosas , en ninguna halla seguridad ; y vosotros todo lo teneis por seguro sin ha-

haber intentado cosa alguna. La humilde confianza mira á la misericordia del Señor como suplemento de los defectos de su penitencia , y vosotros la mirais como asilo de vuestras culpas. La humilde confianza espera temblando el perdon , solamente de aquellas culpas que ha llorado ; y vosotros esperais neciamente el que se os perdonen aquellas de que ni aún os habeis arrepentido. Bien sé , vuelvo á repetir , que nunca debemos desesperar , pero si pudiera haber alguna circunstancia en que fuese legitima la desesperacion , sería quando esperamos temerariamente.

Pero el pecador se dice en su interior á sí mismo , que la edad mudará las pasiones , que las ocasiones que nos arrastran no serán siempre las mismas , que con el tiempo se proporcionarán otras circunstancias mas favorables para la salvacion , y que lo que no podemos hacer ahora inmediatamente , se podrá hacer mas adelante , quando se hayan mudado mil cosas á que ahora tenemos apego. ¿ Dios mio ! de este modo se divierte el alma desgraciada , y esta es la torpe ilusion de que se vale el Demonio para engañar á casi todos los hombres , tanto á los sábios como á los ignorantes , tanto á los instruidos como á los crédulos , tanto á los Grandes como al pueblo : Porque decidme , amados oyentes míos , quando esperais que algun dia ha de usar el Señor con vosotros de misericordia , sin duda os prometeis que ha de mudar vuestro corazon , ¿ pues por qué habeis de contar con esta mudanza para el tiempo futuro mas que para el presente ? Primeramente ; ¿ serán entonces mas favorables vuestras disposiciones para la penitencia ? ¿ Hallareis en vuestro corazon mas facilidad para romper sus cadenas ? ¿ Os parece que unas inclinaciones , que con el tiempo y los años habrán echado mas profundas raíces , serán mas fáciles de arrancar ? ¿ Sería mas facil mudar á otra parte un rio quando ya se ha formado un profundo camino , ó sería prudencia el intentarlo ? Ahora

os parece tan difícil el reprimir vuestras desordenadas pasiones, las que estando como están en sus principios, deben hallarse mas dóciles, y con mas facilidad para ser disciplinadas; dilatais vuestra conversion solamente porque os ha de costar mucho el venceros en ciertos puntos; y qué os parece que mas adelante os costará menos? Os parece que esa planta fatal quando llegue á ser un arbol grande se ha de doblar con mas facilidad? Que esa llaga quando esté mas envejecida y corrompida se ha de hallar mas dispuesta para ser curada; y que pedirá entonces remedios menos dolorosos? Esperais del tiempo los medios y la facilidad para la penitencia, siendo así que el mismo tiempo, católicos, es quien os quitará los que hoy teneis para poderla practicar?

En segundo lugar; ¿os parece que en adelante los auxilios serán mas frecuentes, ó mas poderosos? Y aún quando esto fuera así, oponiendo entonces mas obstáculos vuestra liviandad, los mismos auxilios que hoy triunfarian de vuestro corazon, y que os mudarian en unos perfectos penitentes, no harán entonces mas que moveros levemente, y despertar en vosotros unos flacos é inútiles deseos de penitencia; pero mucho menos debeis lisonjearos con esta esperanza, porque quanto mas irriteis la bondad de Dios, dilatando vuestra conversion, mas se apartará de vosotros; cada dia, cada instante de dilacion minora sus favores y su amor. Acordaos de que quando empezasteis á serle infiel no se pasaba dia alguno sin que obrase en vuestro interior algun movimiento saludable, ya inquietudes, ya remordimientos, y ya deseos de penitencia; hoy, si lo advertis, son mas raras estas inspiraciones; solamente alguna vez se despierta vuestra conciencia, como es, quando teneis que prepararos para el tiempo de la Pasqua, y aún estas inquietudes se acaban con la solemnidad; estais ya casi familiarizados con los desordenes: ¡Ah! amados oyentes míos, el tiempo no hará mas que añadir nuevos grados á vuestra insensibilidad;

bien

bien lo estais conociendo: Dios se retirará mas y mas de vosotros, y os entregará á la obstinacion, y á aquella funesta tranquilidad que es la consumacion y la mas terrible pena del pecado; ahora os pregunto; ¿no es locura señalar para vuestra conversion un tiempo en que nunca habreis tenido menos socorros que entonces por parte de la gracia, ni mayor dificultad por parte de vuestro corazon?

Pudiera tambien añadir, que quanto mas esperéis contraeis mayores deudas, aumentáis mas el tesoro de iniquidad, tendreis mas delitos que expiar, deberá ser mas rigurosa vuestra satisfaccion, y consiguientemente será mas difícil vuestra penitencia. Acaso hoy para satisfacer á vuestro Juez, y aplacar su justicia, bastarian algunas leves mortificaciones, y algunas liberalidades christianas; pero despues que el numero de vuestros delitos haya subido por encima de vuestras cabezas, y que el tiempo y los años hayan confundido en vuestra memoria la multitud y el horror de vuestras iniquidades; ¡Ah! entonces no habrá satisfaccion tan penosa, ayuno tan austero, abatimiento tan profundo que os alcance, ni placer, por inocente que sea, que no se os deba prohibir; no habrá mitigacion que no sea pecaminosa; será preciso que useis de unos santos excesos de penitencia para compensar la duracion y gravedad de vuestros delitos; os será preciso abandonarlo todo, privaros de todo, sacrificar la fortuna, los intereses, los cumplimientos del mundo, y aún acaso condenaros á un perpetuo retiro. Los grandes pecadores solamente se convierten de este modo; pues si unos leves rigores, que hoy serian suficientes, os parecen tan insufribles, y os impiden la mudanza de vida, tendrá mas atractivos para vosotros la penitencia, quando os presente mas trabajos, y unas acciones infinitamente mas amargas? ¡Dios mio! solamente en el negocio de la salvacion son capaces los hombres de semejantes engaños; ¿de qué

qué sirve, católicos, el gran talento, la capacidad, la profunda penetracion, el juicio sólido para dirigir los negocios terrenos y las vanas empresas, que acaso perecerán con nosotros, si somos niños para el negocio de la eternidad?

¿Quereis que ponga fin á esta primera parte de mi discurso con una razon, que acabará de convenceros? Vosotros mirais la vana esperanza de una conversion futura como un movimiento de la gracia en orden á vuestra salvacion, y como una señal de que el Señor os visita, y que no os ha entregado todavia á toda la obstinacion de la culpa: Pero, amados oyentes míos, el Señor solo puede visitaros en su misericordia, inspirandoos inquietudes y temores saludables acerca del estado de vuestra conciencia; por aqui empiezan todas las operaciones de la gracia: Luego mientras estais tranquilos, es evidente que Dios os trata segun todo el rigor de su justicia, y que executa en vosotros el mas terrible de sus castigos, quiero decir, su abandono, y la privacion de sus auxilios; la paz en el pecado, y la seguridad en que vivis es la señal mas infalible de que Dios no está en vosotros, y que su gracia, que siempre obra en el alma pecadora la turbacion, la inquietud, el temor, y la desconfianza, está enteramente apagada en la vuestra; y así, amados oyentes míos, fundais vuestra seguridad en lo mismo que os debiera ocasionar los mas justos temores; las mas deplorables señales de vuestra reprobacion forman en vuestro espiritu el mas sólido fundamento de vuestra esperanza; la confianza en el pecado es el mas terrible castigo que Dios puede embiar al pecador; y á vosotros os parece una prenda de salvacion y de penitencia: Temblad si aún hay en vosotros algunas reliquias de fé; esa calma no está lexos del naufragio; estais señalados con el caracter de los réprobos; no conteis con una misericordia que os trata tanto mas rigurosamente, quanto os permite esperar y contar con ella.

Lo

Lo que engaña á la mayor parte de los pecadores, católicos, es que piensan que la gracia de la conversion es uno de aquellos milagros repentinos, que á un volver de cabeza mudan el semblante de las cosas, que planta, arranca, destruye, y edifica al primer golpe, y que cria en un instante al hombre nuevo, del mismo modo que en el principio del mundo sacó al hombre terrestre de la nada: Esto es un engaño, amados oyentes míos; la conversion regularmente es un milagro lento, tardo, y fruto de los cuidados, de las inquietudes, de los temores, y de las amargas turbaciones.

Los dias que han de preceder á la entera destruccion de este mundo visible, y á la venida del hijo del hombre, serán dias de confusion y horror, dice Jesu-Christo: Los pueblos se levantarán contra los pueblos, y los Reyes contra los Reyes: Mucho tiempo antes de que el Rey de la gloria se manifieste, parecerán en los ayres unas señales horribles: Toda la naturaleza anunciará con su desorden su proxima destruccion, y la venida de su Dios. ¡Ah católicos! Esta misma es la imagen de la mudanza de vuestros corazones, de la destruccion de ese mundo de pasiones que teneis dentro de vosotros mismos, y de la venida del hijo del hombre á vuestras almas. Mucho tiempo antes de esta venida vereis preceder en vosotros guerras interiores, sentireis que vuestras pasiones se levantan unas contra otras, se manifestarán en vuestras personas unas felices señales de eterna salud, todo temblará, todo se desconcertará, todo anunciará en vuestro interior la destruccion del hombre carnal, la llegada del hijo de Dios, el fin de vuestras iniquidades, la renovacion de vuestra alma, un cielo nuevo, y una nueva tierra. ¡Ah! Quando veais que preceden todas estas felices señales, levantad entonces la cabeza, y decid que está cerca vuestra libertad. *His autem fieri incipientibus, respicite, & levate capita vestra, quoniam appropinquat redemp-*

Tomo VI.

Rr

demp-

demptio vestra. (a) Confíad entonces, adorad los terribles, aunque consoladores preparativos de un Dios que vá á descender á vuestro corazón; pero mientras todo esté tranquilo en vuestro interior, mientras no se manifieste en vuestra alma señal alguna de mudanza, mientras no os halleis llenos de temores; y mientras que vuestras pasiones estén tranquilas, y sin mas turbacion que la que las ocasiona la tardanza de los placeres. ¡Ah! Desconfiad de todos los que os digan que el Señor vá á manifestarse, y que le hallareis en el Santuario, quiero decir, en la participacion de los Sacramentos en estos solemnes dias. No creais á los que en esos lugares retirados, á donde acaso vais á aliviarle en las personas de sus miembros afligidos, os prometen siempre que algun dia os ha de visitar. El mismo Jesu Christo dice que son falsos profetas: *Nolite credere.* (b) No ha precedido en vosotros señal alguna de su llegada; por mas que le esperéis, no es ese el tiempo de que llegue; la inquietud, y el terror caminan siempre delante de él; y el alma que está tranquila, aunque confie, nunca será visitada.

Feliz el hombre, católicos, que siempre está temeroso. *Beatus homo qui semper est parvulus.* (c) Feliz aquel á quien sus mismas virtudes aseguran del todo en orden á su eterno destino; que tiembla, el que las imperfecciones que mezcla con las obras mas laudables, no solamente destruyan en la presencia de Dios todo su merito, sino que sean causa de que sean colocadas entre aquellas acciones que Dios ha de castigar en el dia de las venganzas: Pero acaso me dirá alguno, ¿que qué idea es la que estoy proponiendo del Dios que adoramos? Respondo, Señores, que es una idea digna del mismo Dios; y así,

(a) *Luc. 21. v. 28.* (b) *Matth. 24. v. 22.*

(c) *Prov. 13. v. 14.*

voy á probar en la segunda parte de este discurso, que la falsa confianza es injuriosa á su Magestad, porque con esta se forma la idea de un Dios, que ni es verdadero, ni sabio, ni justo, ni aún misericordioso.

SEGUNDA PARTE.

CAusa admiracion, católicos, que la falsa confianza quiera hallar en la misma religion motivos que la autoricen, y que tenga á la mas culpable de todas las disposiciones por un movimiento saludable, y fruto de la fé y de la gracia: Y á la verdad, el pecador que sin querer salir de sus desordenes se promete mudanza, alega para justificar su presuncion, primeramente, el poder de Dios que tiene en sus manos los corazones de los hombres, que puede mudar la voluntad en un instante, y al que no le es mas difícil hacer que nazca el hijo prometido en una esteril ancianidad, que en la edad mas fecunda. En segundo lugar, su justicia; porque habiendo formado al hombre de barro, esto es, flaco y con unas inclinaciones casi invencibles ácia el deleyte, debe atender á su flaqueza, y perdonarle con mas facilidad unas faltas que le son como inevitables. Finalmente, su misericordia, la que siempre está dispuesta á recibir al pecador quando se convierte. Muy facil es, católicos, quitar á la falsa confianza unos pretextos tan indignos de la virtud, y manifestar que la disposicion del pecador que neciamente confia, ultraja á Dios en todas las perfecciones de que acabamos de hablar. Voy á exponer las razones, continuad con vuestra atencion.

En primer lugar: Quando os figurais un Dios poderoso, dueño de los corazones, y que muda á su arbitrio las voluntades rebeldes de los hombres, ¿no concebís al mismo tiempo un poder arreglado por la sabiduria, esto es, que nada hace que no sea conforme al orden que

tiene establecido? Pues el pecador presuntuoso atribuye á Dios un poder ciego, y que obra sin discrecion; porque aunque es verdad que el Señor puede todo lo que quiere, con todo eso, como es infinitamente sabio, tiene establecidos sus decretos con buen orden; no quiere solo por querer, sino que para todo quanto hace tiene sus eternas razones en los secretos de su Divina Sabiduría. Y asi es evidente, que esta Divina Sabiduría no quedaria suficientemente justificada para con los hombres, si se concediera la gracia de la conversion á la falsa confianza. Porque decidme, ¿qué disposicion puede ser para recibir la mayor de todas las gracias, el haberla despreciado mil veces? El justo, que todos los dias castiga su carne, que continuamente está gimiendo para alcanzar el dón precioso de la perseverancia, ¿no se habia de distinguir en nada del pecador que siempre la está esperando, sin ponerse jamás en estado de merecerla? ¿Habia de ser igual el servir al Señor y caminar con rectitud en su presencia, y el seguir los desordenados caminos de las pasiones, pues por ultimo, uno y otro habia de tener igual suerte? Antes bien sería desgracia, locura, y trabajo perdido el llevar su yugo desde la juventud, pues nada se arriesgaba en diferirle; y las maximas de el libertinage acerca del amor de los placeres en la primera estacion de la vida, y de retardar el arrepentimiento hasta la edad caduca y débil, serían reglas de prudencia y religion; los prodigios de la gracia solamente servirian de tentación á la fidelidad de los justos, de autorizar la impenitencia de los pecadores, de aniquilar el fruto de los Sacramentos, y de aumentar los males de la Iglesia? ¿Puede ser este el Dios á quien adoramos? ¿Sería tan admirable en sus dónes, segun la expresion de el Profeta, si los repartiera con tan poco orden y prudencia?

Verdaderamente, católicos, que si el Imperio que Dios tiene sobre los corazones pudiera servir de consuelo
al

al pecador presumptuoso, fundados en este principio debieramos prometernos la conversion de todos los hombres, la de los infieles que no conocen al Señor, y la de aquellos pueblos barbaros que nunca han oído hablar de él. ¿No tiene Dios en sus manos los corazones de todos los hombres? ¿Quién ha podido resistir nunca á su voluntad? ¿No puede hacer que resplandezca su luz en las mas profundas tinieblas, mudar en corderos á los mas feroces leones, y hacer de sus enemigos los mas intrepidos Confesores de su nombre? ¿Es acaso mas difícil para el Señor la conquista de un corazón de un Indio, ó de un salvaje, que la del corazón de un pecador presumptuoso? ¿No le es todo igualmente fácil? Solamente con que hable quedan hechas todas las cosas. No obstante, ¿quisierais vosotros que vuestra eterna suerte corriese los mismos riesgos que la del salvaje, que en lo interior de las selvas, casi inaccesibles á la predicacion del Evangelio, adora unas Divinidades monstruosas? Dios puede suscitar en su favor Ministros Evangelicos, que con las luces de la fé los lleven la gracia y la salvacion: Vosotros mismos confesais que se necesita de uno de aquellos golpes milagrosos de la omnipotencia para vencer todas las dificultades que se oponen á la conversion de estos infelices; pero que vosotros rodeados de los socorros de los Sacramentos, de las luces de la Doctrina y de la instruccion, os hallais en unas circunstancias mas favorables para la salvacion, y que asi teneis mucho más motivo que él para esperarla. ¡Ah! os engañais, amados oyentes míos; y yo os respondo, que la salvacion de aquel infiel me parece menos desesperada que la vuestra; aquel nunca puede haber abusado de unas gracias que no ha recibido, y vosotros siempre habeis despreciado indignamente las que se os han presentado; aquel nunca ha resistido á la verdad, porque no la ha conocido; y vosotros la retenéis con injusticia; el primer auxilio triunfará de su corazón, y las mas fuertes impresiones de la gracia se des-
ha-

hacen contra la dureza del vuestro ; un solo rayo de luz le manifestará los errores , y las verdades que hasta entonces no ha conocido ; y ni todas las luces de la fé podrán turbar la tranquilidad de vuestras pasiones ; él no opone á las misericordias del Señor mas que la desgracia de su nacimiento , unos pecados casi involuntarios , y que mas son desgracias que culpas , motivos todos muy á proposito para mover la clemencia de Dios ; y vosotros no presentais mas que ingraticudes , y odiosas obstinaciones , capaces de apartarla para siempre de vosotros. ¡ Ah ! Al Señor no le es difícil llevar sobre sus alas atravesando los mares á unos hombres Apostolicos ; sus Angeles saben , quando el Señor se lo manda , transportar sus Profetas desde la tierra en donde se le adora hasta Babilonia , para visitar á un Justo expuesto al furor de los Leones ; pero si hubiera alguna cosa difícil para su Magestad , sería vencer á un corazón rebelde , ganar á una alma que nació en el reyno de la luz rodeada de todos los socorros de la fé , penetrada de todos los sentimientos de la gracia , ayudada con todos los exemplos de la virtud , y con todo eso siempre constante en sus desordenes , y asi es ilusion buscar en la Divina Omnipotencia vanos motivos de seguridad : Bien podria Dios obrar otros muchos prodigios en favor de mil pecadores que le abandonan , aunque no son tan indignos de su gracia como vosotros ; pero el juzgar de la voluntad de Dios por su poder es una maxima peligrosa.

El segundo error que autoriza la falsa confianza se funda en la injusta idea que nos formamos de la Divina Justicia. Nos persuadimos á que habiendo nacido el hombre con una violenta propension á los deleytes , nuestros desordenes son mas dignos de la piedad del Señor que de su indignacion , y que basta nuestra flaqueza para solicitar sus gracias , en vez de armar su indignacion contra nosotros.

Pero en primer lugar : pudiera decirnos que la corrupcion

cion de vuestra naturaleza no proviene del Criador ; que esta es obra del hombre , y pena de su pecado ; que el Señor crió al hombre con rectitud , y que asi esa fatal propension de que os quejais es un desorden que castiga Dios quando os dejais arrastrar de ella : ¿ Pues cómo quereis que os sirva de excusa ? Esa misma propension es la causa de que seais hijos de ira , y vasos de contumelia ; ¿ pues cómo quereis hallar en ella las razones para disputar con vuestro Dios , provocando su justicia ? Finalmente , esa misma inclinacion es la que os hace indignos de todas las gracias ; ¿ pues cómo la habeis de alegar para solicitarlas ?

Tambien pudiera responderos en segundo lugar ; que sea la que fuere la flaqueza de nuestra voluntad , el hombre siempre es dueño de sus deseos , que está puesto en manos de su consejo , que sus pasiones no tienen sobre él mas imperio que el que las quiere conceder , y que se nos presenta el fuego y el agua , dejando á nuestra voluntad la libertad para escoger. ¡ Ah ! Tambien pudiera yo , amados oyentes míos , llamar en este punto por testigo á vuestra propia conciencia , y preguntaros ; si no obstante vuestra flaqueza , quando habeis abandonado la Ley de Dios , ¿ no habeis conocido que el permanecer fieles estaba en vuestra mano ? ¿ Si entonces no os manifestaron con claridad unas nuevas luces el horror de vuestra transgresion ? ¿ Si no os apartaban de ella unos secretos remordimientos ? ¿ Si no estubisteis por algun tiempo indecisos entre el deleyte y la obligacion ? ¿ Si despues de mil deliberaciones interiores , y de aquellas ocultas inquietudes , en las que unas veces vencia la gracia , y otras el mal deseo , no llegasteis por ultimo á declararos á favor de la culpa , aunque temblando , y casi sin poder aseguraros contra vosotros mismos ? Aún pudiera pasar mas adelante , y preguntaros ; si atendiendo á esas buenas inclinaciones de pudor y verguenza , á esas disposiciones con que Dios os favoreció al tiempo de eriaros , ¿ no os es mas natural , mas comoda , y mas facil la inocencia de la virtud , que los desordenes del vicio ?

Pu-